

En el horizonte de la fraternidad

Nuestro entrevistado es un eminente académico católico italiano, profesor de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y de la Universidad Sofía, en Loppiano (Florencia), donde imparte materias relacionadas con las filosofías moral y política. El profesor Baggio no sólo domina estos temas desde el punto de vista teórico y en el contexto geopolítico europeo, sino también desde una praxis concreta y una mirada universal.

Por ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

- **¿A qué labor académica se dedica actualmente?**

- Mi materia de estudio es la Doctrina Social Cristiana. Esta se ocupa de todos los aspectos de la vida social: el sexual y familiar, el económico, el político. Me interesan mucho los fundamentos filosóficos de tal doctrina. A lo largo de mi vida he tratado de profundizarlos, dedicándome a cada uno de los tres sectores clásicos de la materia social. En el año 2005 mi estudio de la ética económica alcanzó su cima¹, así que en estos últimos años me he podido dedicar principalmente a la parte política.

Me ha interesado particularmente, por invitación de Chiara Lubich, el estudio de la idea de fraternidad. Es una idea que nace en el ámbito religioso y que encuentra en las culturas hebrea y cristiana su continuidad histórica y sus máximas expresiones. Pero en el centro de todas las grandes narraciones originarias de las diferentes culturas humanas encontramos la fraternidad. Esta, a menudo, no es sólo el modelo de los comportamientos fraternales, sino de las relaciones humanas como tales. Pensemos, por ejemplo, en el papel de la pareja fraterna constituida por Caín y Abel en la Biblia, y en su valor para la interpretación de la realidad humana, no sólo al interior del hebraísmo, sino a lo largo de toda la civilización occidental. La idea de fraternidad no es un instrumento fácil para una solución superficial de los problemas (“querá-

monos”), sino que representa el “lugar” en el que se desarrolla la relación entre el bien y el mal, donde surge el conflicto, pero también su solución. Por lo tanto, la fraternidad, desde sus orígenes, es un lugar extraordinario de conocimiento: no es la solución fácil, sino el lugar donde buscarla. Las tradiciones hebrea y cristiana son, desde este punto de vista, extremadamente ricas: a través de todas sus vivencias, elaboran una idea de fraternidad que, refiriéndose primero a un solo pueblo, o a un pequeño grupo, llega a asumir una dimensión universal, o sea, se propone como la relación de toda la comunidad humana, como fraternidad universal.

- **Entonces, ¿la fraternidad no tiene solamente un significado religioso?**

- Así es. No nos debemos sorprender si en un cierto momento, la fraternidad sale de forma clamorosa del ámbito religioso, para asumir un significado civil y político. Esto sucede (por lo que se refiere a nuestro tiempo, porque en ciertas épocas anteriores la fraternidad ya había tenido una función pública) con la Revolución francesa de 1789, cuando la fraternidad entra, con la libertad y la igualdad, a formar parte del “tríptico” revolucionario; es el inicio, en la época moderna, de la historia de la fraternidad como categoría política.

Como es sabido, de los tres princi-

pios la fraternidad es aquel que al parecer menos se puso en práctica. Pero, por otro lado, también la libertad y la igualdad se aplicaron sólo parcialmente, expuestos continuamente a un doble riesgo de degeneración: la libertad en el arbitrio de la ley del más fuerte, la igualdad en la masificación. Si se dejan cada una por su cuenta, la libertad y la igualdad se ponen la una contra la otra: proclamadas juntas por la Revolución francesa, dieron vida, sucesivamente, a dos sistemas culturales, económicos y políticos, opuestos. En realidad, para vivir bien, necesitamos de ambas. Y es precisamente en estos últimos años que, desde diferentes partes, se empezó a formular la pregunta: los fracasos de la libertad y de la igualdad, ¿no dependerán precisamente del hecho de que la fraternidad no ha sido vivida? De hecho, la fraternidad contiene en sí, sea el elemento de la igualdad (los hermanos están a la par entre ellos), sea el elemento de la libertad (cada uno de los hermanos es diferente del otro). Por lo tanto actúa –pero no sólo– como principio regulador de los otros dos.

- **¿Cómo es acogida esta reflexión sobre la fraternidad?**

- Francia es el único país donde existe una tradición de estudios sobre la fraternidad y en el cual la fraternidad tiene una relevancia jurídica formal; se dan diferentes interpretaciones, aunque existe una dominante, ligada a la tradición republicana francesa; y no está di-

cho que tenemos que estar de acuerdo con esta. De todos modos, hace unos 10 años, cuando empecé a ocuparme de este tema, me di cuenta que –aparte la excepción francesa- la idea de fraternidad en el campo social y político era ignorada por la mayoría: era raro encontrarla en los diccionarios de política y generalmente se le trataba de forma inadecuada.

No existía sólo el problema de la ausencia de la fraternidad. De hecho, el campo de la fraternidad está lleno de escombros, constituidos por diferentes visiones de la fraternidad que se sucedieron en el pasado histórico y que dieron interpretaciones distorsionadas o parciales: pensemos en la fraternidad en sentido nacionalista, que nutrió el odio por el extranjero; o en la fraternidad masónica, usada a menudo para construir nexos particulares de poder en el seno de un círculo estrecho y apartado; o en la fraternidad jacobina, que degenera en la creación del Terror, en el cual los mismos revolucionarios se devoran unos a otros. Es conocida la frase de Chamfort: “¡Sé mi hermano o te mato!”. Todas estas interpretaciones de la fraternidad son “excluyentes”, o sea, discriminan a alguien, violando la dimensión universal con la que se presenta la fraternidad –al menos potencialmente- desde su inicio y de la cual es cada vez más consciente a través del tiempo.

También debido a estas distorsiones ideológicas, el ambiente académico no tomaba en cuenta la fraternidad y no lograba ver su importancia y sus potencialidades. En estas circunstancias era necesario hacer estudios muy serios para abrir un nuevo camino. Después de algunos años, junto con una decena de estudiosos, escribimos el primer libro, que salió primero en Argentina (2006) y luego en Italia (2007) y Brasil (2008): *El principio olvidado. La fraternidad en la política y el derecho*. Para nosotros fue importante que en Córdoba (Argentina), en el 2007, cuatro universidades se hayan juntado y después de un proceso académico formal hayan declarado que la fraternidad, así como viene estudiada en este libro, “es materia de interés

académico”, abriendo así la posibilidad de presentar proyectos de estudio, dar cursos y preparar tesis sobre este argumento.

Sucesivamente, en La Plata, la Universidad Nacional creó una “cátedra libre” sobre la fraternidad. Y, precisamente, en esa Universidad se celebró el segundo seminario internacional sobre “La idea de fraternidad en el pensamiento político y en las Ciencias Sociales” (del 12 al 15 de agosto 2009), con estudiosos provenientes de Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Colombia e Italia. Estudios análogos se están llevando a cabo en varias universidades de Brasil. El año pasado, tanto en Brasil como en Argentina, salieron otros dos libros sobre la fraternidad, cuyas contribuciones están escritas, en gran parte, por estudiosos latinoamericanos. El libro en español se titula *La fraternidad en perspectiva política. Exigencias, recursos, definiciones del principio olvidado* (Editorial Ciudad Nueva). En Italia, después del primer libro, salió otro de gran importancia, porque introduce el principio de fraternidad en la reflexión sobre el ordenamiento jurídico italiano, en el que hacía falta: *La fraternidad como principio del derecho público*, a cargo de dos profesores milaneses, Anna Marzanati y Angelo Mattioni. En esta obra estudiosos de diferentes universidades analizan la fraternidad en relación con los principios constitucionales, la solidaridad social, las relaciones entre diversas áreas geopolíticas y entre generaciones.

Por lo tanto, a nivel teórico hemos dado pasos importantes; además, se están llevando a cabo experiencias significativas de fraternidad aplicada a la economía y a la política. Pero estamos sólo en los comienzos. Hablar hoy de fraternidad universal, conociendo la historia que tenemos a las espaldas, no tiene nada de ingenuo, sino que es una reflexión consciente de las dificultades y de los problemas. Quien estudia la fraternidad expresa dos cosas a la vez: la insatisfacción por los sistemas existentes y la confianza en que las personas poseen los recursos para transformarlos.

- Usted ha señalado que hay experiencias de aplicación de la fraternidad en la economía, ¿podría desarrollar este argumento?

- Me refiero, en particular, a la llamada “Economía de Comunión” (EdC). Esta idea nace en Chiara Lubich de una constatación: para eliminar la pobreza, con todo lo que tiene que ver con ella –explotación, humillación, alienación-, no basta con dar a los pobres lo que sobra, como se hizo durante siglos; ni siquiera basta con hacer una comunión de bienes, una comunión que va más allá inclusive de la propiedad privada, como la misma Lubich hacía en el marco de su Movimiento eclesial; también es necesario producir de forma nueva, crear empresas verdaderas, eficientes, racionales, capaces de obtener ganancias, pero esencialmente orientadas a superar la pobreza y la emancipación de los trabajadores y de la sociedad. En estas empresas se trata de poner en práctica, cada vez más, una participación de todos en las decisiones y una mayor co-responsabilidad; las utilidades son subdivididas en tres partes: una le queda a la empresa para asegurar el propio desarrollo; una segunda parte es dada a los pobres, no como limosna, sino que es administrada para transformar el ambiente social, para construir casas, para crear una ciudad fraterna; la tercera parte es usada para formar a las personas, particularmente a los jóvenes, a estas ideas de comunión y fraternidad. Y no se trata solamente de una formación básica, a nivel de escuela primaria. La nueva universidad en la que trabajo, en Loppiano (Florencia)³, fundada hace sólo dos años y donde profundizamos esta idea a nivel de maestrías y doctorados, se sostiene también con la contribución de las empresas de la Economía de Comunión. Es en verdad un estudio hecho posible por el trabajo.

De este modo, las empresas de la EdC transforman los parámetros de la economía tradicional y, también, de la solidaridad tradicional. No existe un momento de la **producción** en el que hasta se podrían cometer injusticias –que son toleradas porque sirven para producir la riqueza-, y un

momento de la **distribución**, comúnmente confiado al Estado, en el que se aplica una cierta solidaridad y una parte de la riqueza es distribuida; de este modo no cambia la sustancia de la economía, sino que se trata sólo de reparar en parte las injusticias que produce.

Al contrario, en la EdC son las mismas empresas las que, en armonía con la sociedad en las que están, distribuyen las riquezas producidas. Se trata de una economía **en la ciudad**, o sea, inmersa en la vida civil, a la que contribuye positivamente, y no **contra la ciudad**. Por este motivo, dos economistas italianos, Stefano Zamagni y Luigino Bruni, profundizando en el papel de la fraternidad en la economía, desarrollaron la idea de la *Economía civil* (4). Está claro que estas opciones empresariales no se pueden imponer. La Economía de Comunión debe ser una elección libre, hecha por personas preparadas y educadas para esto. Al proyecto de la EdC pertenecen diferentes tipos de empresa, desde aquellas privadas y tradicionales a las cooperativas, etc. Además, en todas se da, a través de la aplicación de la fraternidad, un proceso de transformación; podemos preguntarnos: ¿esto sigue siendo capitalismo? Es una reflexión que hay que profundizar. Por cierto, vemos que la introducción de la fraternidad en la economía recompone el "tríptico" de la Revolución francesa, integrándose con la eficiencia (libertad) y con la equidad distributiva (igualdad).

-¿Qué relación existe entre la Economía de Comunión y la Doctrina Social Cristiana?

- Me parece que la EdC es una buena interpretación (entre muchas otras posibles) de la Doctrina Social Cristiana. Es una interpretación coherente y actual, o sea, que ha aprendido de los acontecimientos históricos de los dos últimos siglos. Doy solo un ejemplo: la Doctrina Social Cristiana introdujo un nuevo criterio para la interpretación de los sistemas económicos, el criterio **personalista** (5). Los dos siglos anteriores habían elaborado otros criterios,



que tienen una propia utilidad interpretativa; el más difundido, el que más se impuso, y que dio origen a dos sistemas opuestos, era el criterio de clasificación basado en la aceptación o el rechazo de la propiedad privada de los medios de producción. Ahora bien, en el curso del novecientos hemos visto que aceptar o rechazar esta propiedad, en economía, no lleva a un resultado seguro. Existen modos socialmente destructivos de ejercer la propiedad (pensemos en la crisis financiera de estos años provocada por propietarios-especuladores, no por propietarios-empresarios: que destruyó riqueza, en vez de crearla) y modos que, en cambio, constituyen una tutela de los derechos de la persona. En particular, estudiando la experiencia de los regímenes socialistas de Europa Oriental, vimos que la colectivización, la propiedad estatal de los medios de producción, no lleva consigo, automáticamente, a su socialización. Es decir, que la propiedad estatal, por sí misma, no garantiza que de verdad los trabajadores y los ciudadanos participen en las opciones económicas y en la gestión de los recursos; evita los abusos de la propiedad privada, pero puede crear otros, como lo vimos en Europa. Estas experiencias -en lo positivo y en lo negativo- hay que tomarlas en serio si se quieren realizar sistemas verdaderamente justos. De modo que el **criterio**

personalista propuesto por la Doctrina Social Cristiana, poniendo en el centro a la persona y sus derechos, no se deja limitar por ningún prejuicio, sino que favorece todos los experimentos que de verdad desean el bien común.

Quisiera recordar que la fraternidad es un tema central en toda la doctrina cristiana, no solo en la doctrina social, y fue destacada también en sus dimensiones culturales y públicas en el Concilio Vaticano II, en particular en la *Gaudium et Spes*. Es un tema que valdría la pena estudiar profundamente.

-¿Qué me puede decir sobre la producción teórica de materia de filosofía política en la actualidad?

- La producción teórica de filosofía política actualmente es muy amplia y está diversificada en el mundo; por lo tanto es difícil seguirla en todas sus manifestaciones importantes. Entre los muchos aspectos que esta presenta, señalaría dos en particular, surgidos después de los atentados a las Torres Gemelas de Nueva York, en 2001. Ante todo, se dejó de lado la idea ingenua -que tuvo entre sus máximos exponentes a Francis Fukuyama⁵- de que después de la caída de los sistemas socialistas de Europa Oriental, la historia había llegado a su fin y que ya no había posibilidad de un gran debate entre culturas políticas diversas. En cambio,

hoy estamos asistiendo precisamente a lo contrario: a un debate internacional que pone en discusión las ideas políticas fundamentales, sean las que constituyen las comunidades políticas, sean aquellas que interpretan las relaciones entre los Estados. La reciente crisis financiera dio un impulso más a esta reflexión, subrayando que el mercado, en todas sus dimensiones (mercado de las materias primas, de los productos financieros, etc.), aunque posee mecanismos propios de funcionamiento y una parcial capacidad auto reguladora, **también es una institución** y no funciona sin reglas y sin control.

En segundo lugar, el derrumbe de las Torres Gemelas puso en crisis uno de los grandes presupuestos comúnmente aceptados por la teoría política más difundida, o sea, la idea de que la seguridad de una comunidad política, de un Estado, esté garantizada exclusivamente por su fuerza militar, política, económica; todos han podido ver que la fuerza –frente a las nuevas estrategias y tácticas usadas por quienes quieren practicar el terrorismo– no basta, si no es acompañada por la justicia y la solidaridad.

Me parece que todavía no hemos logrado sacar todas las enseñanzas que provienen de esos dos aspectos. Pero no debemos pensar que hemos perdido la ocasión, sino que debemos considerar estos dos temas como tareas para el presente y para el futuro.

-¿Cómo catalogaría el quehacer político actual en Europa, donde usted vive, y cómo se desarrolla actualmente el proceso de integración europea?

- Europa, como sujeto político unitario, hoy se presenta débil, casi inconsistente. A nivel de relaciones internacionales se viven experiencias que rayan en lo ridículo. Pensemos, por ejemplo, en la situación creada en el grupo del “G-20” en Pittsburgh, los días 24 y 25 de septiembre de 2009: en el cónclave estaban presentes países e instituciones que representaban el 90 por ciento del PIB mundial. Y mientras países como China y Estados Unidos estaban presentes con un solo representante,

Europa tenía hasta ocho, entre países miembros oficiales del G-20 (países representados de todos modos) y los Presidentes de la Comisión Europea y del Consejo de la Unión Europea; si la India o Brasil quisieran hablar con Europa, ¿con quién deberían hablar? La realidad es esta: Europa es todavía, a nivel de institución política, la Europa de cada Estado; son ellos los que deciden. Hoy se necesitaría un “salto”, un nuevo impulso para transformar a Europa en un sujeto político unitario, respetando todas sus diferencias. Esta unidad en la diferencia, que está presente en la historia Europea, es la verdadera riqueza del continente; es el principio de las relaciones personalistas que se desarrolló, cada vez más, a través de la historia y que, ahora, pide ser expresado también al máximo nivel de la institución política.

Tal unidad en la distinción sería perfectamente coherente con el proyecto fundacional original. De hecho, la idea de Europa unida nace como un acto de fraternidad entre vencedores y vencidos de la Segunda Guerra Mundial. Por una parte nace como un proyecto que tiene el objetivo de crear una comunidad profunda entre países que se habían combatido y odiado, para prevenir cualquier posibilidad futura de guerra. Y también nace como búsqueda de un modelo de relación a través del cual contribuir a construir la paz también en el resto del mundo; y esto, me parece, para reparar todo el daño que los países europeos habían causado más allá de sus fronteras. De hecho, en la “Declaración Schuman”, del 9 de mayo de 1950, se lee: “Europa, con mayores medios, podrá continuar la realización de una de sus tareas esenciales: el desarrollo del continente africano”. La primera etapa hacia Europa unida fue la CECA, la Comunidad Europea de Carbón y Acero; es decir, los países europeos pusieron en común aquella rama de la industria que siempre había servido para producir las armas. Y claro que no se trataba sólo de un proyecto económico, como explicó el canciller alemán Konrad Adenauer, pidiendo la aprobación del proyecto al Bundestag, en junio de 1950: “La im-

portancia del proyecto es, sobre todo, política y no económica”.

¿Cómo logró la generación de nuestros padres comenzar el proceso de unificación europea? El francés Schuman, el alemán Adenauer, el italiano De Gasperi, hablaban el mismo idioma; y no me refiero solo al alemán, idioma que efectivamente usaban entre ellos, sino al “idioma de los valores”, al común horizonte cristiano que les inspiraba el proyecto de traducir en iniciativa política la idea de fraternidad. Así comenzó un proceso original y extraordinario que le garantizó a Europa decenios de paz que nunca antes había conocido. Estoy convencido de que, volviendo a la inspiración original, retomando la idea de fraternidad y traduciéndola en nueva iniciativa política, se puede completar tal proceso.

Y creo que también habría notables consecuencias para las relaciones con América Latina. De hecho, en el pasado he escuchado decir a políticos europeos de alto nivel que América Latina no representa un interés estratégico para Europa. Entiendo que Europa limita con Rusia, con África y con Medio Oriente, pero nunca estuve de acuerdo con este juicio. Y hoy, en particular, me parece que de hecho ha sido superado. Nuestro mundo necesita ser “multipolar”, estar unido por un equilibrio de paz y no de guerra; en la situación actual cada “polo” es estratégico y la multiplicidad y el equilibrio entre los “polos” es una garantía para todos. El crecimiento de sujetos políticos continentales, como América Latina y Europa, que se construyen al interno, en la libertad y en la integración respetuosa de las diferencias y que desarrollan entre ellos relaciones cada vez más intensas, es seguramente un objetivo por alcanzar.



1 Con los dos volúmenes: *Trabajo y doctrina social cristiana. De los orígenes al Novecientos; y Ética y economía. Hacia un paradigma de fraternidad*, ambos publicados en Italia por la Editorial Ciudad Nueva.

2 Véase www.iu-sophia.org

3 L. Bruni, S. Zamagni, *Economía civil. Eficiencia, equidad, felicidad pública*. El Molino, Boloña, 2004

4 Sobre este punto remito particularmente a las enciclopedias de Juan Pablo II *Laborem exercens* y *Centesimus annus*.

5 Es el autor de *El fin de la historia y el último hombre* (1992).

Traducción: Luis F. Vélez